

La canción de la Victoria

La primavera, que siempre trae consigo alegrías y esperanzas, era tiempo propicio para lanzar al aire una canción. Por eso, aquella primavera en 1939 trajo a España la canción de la Victoria. Canción entusiasta y sincera de un pueblo que había enmudecido en Rocroy y que al fin despertaba de su sopor y alzaba sus ojos, purificados por la sangre, para mirar al sol que amanecía y anunciaba a los españoles la buena nueva de que habían recobrado a España.

La canción es fé y la fé salvó a España. Fué una fé violenta, apasionada, en pugna total con la razón, una fé que no podía permanecer silenciosa y tuvo que exteriorizarse en la canción.

Canción de fé, de guerra y de Victoria, que empezó allá en Marruecos con un toque de llamada. Y aquel toque de llamada resonó con vibraciones de Victoria en todas las provincias de España. A su conjuro España se ponía en camino de ser UNA, GRANDE Y LIBRE. Por eso España recibía con júbilo el convoy de la Victoria, pues allí venía el pentágono exacto de la canción precisa, que nos devolvía a España, a la verdadera España, a la España de los Reyes Católicos, a la que fué cuna del nacimiento de las nacionalidades, a la que alumbró con dolores de maternidad a un Mundo desconocido ganado para Dios y para la civilización, a la que hizo posible en Lepanto la victoria de la Cruz sobre el poderío otomano, a la que venció en Flandes, en Italia, en Constantinopla, a la que se enfrentó valientemente con la herejía luterana. A la España de Rodrigo Díaz de Vivar, de Gonzalo Fernández de Córdoba, de Juan de Austria, de Alejandro Farnesio, de Francisco Pizarro, de Hernán Cortés, de Guzmán el Bueno.

Y la canción llegada con el convoy de la Victoria se refugió en la trinchera, en la cárcel, en el parapeto, y se hizo combatiente para redimir a España. Las balas enemigas quisieron hacer callar la canción y cerraron para siempre muchos labios, labios jóvenes que habían aprendido recientemente a modular las estrofas del «Cara al Sol», del Himno de la Legión y la Marcha de Oriamendi, labios que habían victoreado a España, cuando victorear a España suponía firmar su sentencia de muerte. Pero la canción proseguía entera y armoniosa, firme en su fé y segura en su victoria. Y cantaban los héroes de Santa María de la Cabeza, los del Alcázar de Toledo, los del Cuartel de Simancas, los de Teruel, los de Belchite y los de Brunete. Cantaban los Falangistas en el Alto de los Leones y los Requetés de Artajona. Y se cantaba en la Carcel Modelo, en Paracuellos del Jarama, en los barcos-prisiones de Bilbao, y José Antonio cantaba en Alicante: Cantaba su fé en España, su fé en la Victoria.

Y mientras en Alicante se asesinaba a José

Antonio, la canción de la Falange iluminaba al amador de España con el profético anuncio de las banderas victoriosas y de la sonrisa de la primavera.

Y por fin la primavera sonrió en aquella mañana de 1939, «al paso alegre de la paz», cuando el Capitán de España, Francisco Franco, hacía realidad la profecía de José Antonio y ponía la mejor letra a aquella canción, letra escrita con mucha sangre, sangre joven y caliente, que decía: En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo...

Las balas enemigas que hicieron callar para siempre muchos labios jóvenes querían matar la canción, porque querían matar la fé y devolvernos al silencio de Rocroy, el de las Cortes de Cádiz el del octubre rojo. La anti-España quería ahogar en sangre la canción, pero a medida que la sangre empapaba la tierra de España, haciendo crecer cruces en los valles y en las cimas, la canción tomaba más fuerza, como si se alimentara de aquella sangre generosa y heroica. Y aquella canción de guerra, con acompañamiento de cañones y brillar de ballonetás, se transformó en coronas de laurel y cruces de cementerio, canción encendida con gritos de ¡Presente! y alimentada con paletadas de tierra, canción vestida de luto y adornada con palmas de martirio, que mutilaba familias y hacía florecer de lápidas con nombres de héroes los atrios de las iglesias. Canción con trayectoria de luceros y verticalidad de Paraíso difícil y erecto. Canción con lágrimas en los ojos y oraciones al Altísimo.

Aquella canción que naciera en 1.º de abril de 1939, era canción de trabajo, de heroísmo anónimo y diario. Era canción que exigía apretarse el cinturón porque era preferible morir de hambre a convertir en estéril la Victoria. Era canción de reconstrucción patria, de sacrificio y de servicio. Era canción de amor, de perdón y comprensión. Y España abría sus brazos a todos los que arrepentidos quisieran volver a sentir el orgullo de ser «una de las pocas cosas serias que se puede ser en este mundo».

España, gracias a la Victoria, volvía a sentirse generosa y auténtica, dispuesta a perdonar pero no a olvidar. Y nació una juventud cuajada de yugos y flechas, que no sabía de odios ni rencores, que no sabía de distinciones sociales, ni exigía cédula de paternidad falangista. Solamente exigía servicio y sacrificio, amor a España y disciplina para servirla. Austeridad de monje y heroísmo de soldado. Pero sobre todo, exigía fé. Fé en la Victoria por la que España se olvidaba de colores y matices, porque España quería unir a todos los españoles en la misma empresa común, porque aquella Victoria no era de un grupo, de un Partido, de una clase. Era la Victo-